

Silvestre de Balboa

Espejo de Paciencia

BIBLIOTECA BASICA CANARIA

6

ESPEJO DE PACIENCIA

Edición de Lázaro Santana



Biblioteca Básica Canaria

Director

Juan Manuel García Ramos

Consejo asesor

María Rosa Alonso

Juan Jesús Armas Marcelo

Joaquín Artiles

Luis León Barreto

Sebastián de la Nuez

Pablo Quintana

Jorge Rodríguez Padrón

Lázaro Santana

Maximiano Trapero

Comisión técnica

Coordinación:

Maximiano Trapero

Corrección:

Gonzalo Ortega Ojeda

Diseño:

Juan Francisco Alamo

Producción:

Carlos Gaviño de Franchy

Secretaría:

Bernardo Chevilly

Mireya Jiménez Jaén

Silvestre de Balboa

ESPEJO
DE
PACIENCIA

Islas Canarias
1988

© Para el prólogo **Lázaro Santana**

©  Viceconsejería de Cultura y Deportes
del Gobierno de Canarias

ISBN: 84-505-7755-1

Depósito Legal: M. 22.803-1988

Fotomecánica e impresión:

MARIAR, S. A. - Tomás Bretón, 51 - 28045 Madrid

INDICE

	<u>Págs.</u>
Prólogo	9
Espejo de paciencia	21
Al lector	25
Carta-dedicatoria	27
Del Capitán Pedro de las Torres Cifuentes, vecino de esta villa. Soneto (I)	29
Del Alférez Cristóbal de la Coba Machado, Regidor de esta villa. Soneto (II)	31
De Bartolomé Sánchez, Alcalde ordinario de esta villa. Soneto (III)	33
De Juan Rodríguez de Sifuentes, Regidor de esta villa. Soneto (IV)	35
De Antonio Hernández el Viejo, natural de Cana- rias. Soneto (V)	37
Del Alférez Lorenzo Laso de la Vega y Cerdá. So- neto (VI)	39
Canto Primero	41
Canto Segundo	61
Cronología	85

La primera alusión a *Espejo de Paciencia* aparece en un artículo de Ramón de Palma publicado en el "Aguinaldo Habanero", en 1837. Un año después, José Antonio Echeverría, codirector con Ramón Palma de "El Plantel" insertó en esa revista diversos fragmentos de la obra de Balboa. En su comentario, Echeverría explicaba que el poema lo había hallado incluido en la *Historia de la isla y catedral de Cuba*, redactada en 1760 por Pedro Agustín Morell de Santa Cruz, Obispo de aquella isla. Echeverría hizo una copia de la *Historia* incluyendo el poema: copia oportuna pues el manuscrito de Morell desapareció de la Sociedad Patriótica poco después. A su muerte (1885) Echeverría legó aquella copia a su amigo Néstor Ponce de León, historiador cubano. En 1899 falleció Ponce, y su hijo hizo entrega de los papeles de Echeverría a la Academia de Historia cubana, organismo que procede a su edición en 1929. Dos años antes, *Espejo de Paciencia*, desgajado de la *Historia* que lo contenía, fue publicado en la segunda edición de la *Bibliografía cubana de los siglos XVII y XVIII*, de Carlos M. Trelles. En 1928 José Manuel Carbonell lo reprodujo en el primer tomo de su obra *Evolución de la cultura cubana*. En 1942, Felipe Pichardo Moya realiza una edición crítica del *Espejo...* indicando que "existen hoy en nuestros archivos nacionales dos copias" del poema. Cuando en 1960 Cintio Vitier preparaba una nueva edición del libro declara que "no existe en el Archivo Nacional ninguna copia de la *Historia* de Morell, ni del *Espejo* de Balboa, como tampoco en los archivos de la Academia de la Historia..."

Una partida de bautismo deja constancia del lugar y de la fecha de nacimiento de Silvestre de Balboa: Las Palmas, 30 de junio de 1563, y del nombre de sus padres: Rodrigo de Balboa y Ursula de Troya, naturales, respectivamente, de Baeza y Gran Canaria. Tuvo ocho hermanos, uno de los cuales —Rodrigo— viajó con él a Cuba. Acerca de la fecha en que se produjo su salida de Las Palmas los diversos testimonios que figuran en la "Información" hecha por el Santo Oficio de esa ciudad sobre la limpieza de sangre de un hijo de Silvestre —Juan de Balboa— cuando éste solicitó ser comisario de la Inquisición en Cartagena de Indias, no son excesivamente concluyentes. Por dichas declaraciones pueden deducirse como fechas límites para esa ausencia las de 1593-1603, es decir: cuando Balboa contaba entre treinta y cuarenta años de edad. Uno de los testigos afirma que pasó a las indias "moço y soltero". En Cuba contrajo matrimonio con Catalina de la Coba, nacida en Puerto Príncipe, ciudad en la que Silvestre desempeñaba la escribanía del Cabildo.

Acerca de la fecha de la muerte del poeta existen también dudas. Otro testigo de la información citada indica que "Balboa habrá unos seis años que murió" lo que sitúa el hecho como ocurrido en 1649. Pichardo Moya aduce una fecha anterior a 1644, pues en este último año la mujer de Silvestre otorgó testamento cuando ya su marido había fallecido.

La vacilación de estos números no afecta seriamente al entendimiento del poema de Balboa. Uno de los aspectos más trascendentes de la vida de un escritor —sus años de formación— queda dilucidado, si no en el pormenor de su estructura, sí, al menos, en cuanto al contexto en que se desarrolló. Y ese contexto lo conformó la isla nativa del poeta. Circunstancia relevante, como veremos.

Silvestre de Balboa debió dar fin a su poema en 1608. El 30 de julio de ese año firma la carta-dedicatoria al Obispo de Cuba, Fray Juan de las Cabezas Altamirano, cuyo rapto,

cautiverio y represalia —ésta a cargo del capitán Gregorio Ramos— constituyen el argumento de la historia. El suceso había ocurrido cuatro años antes. Como en *La Araucana*, como en las *Elegías de varones ilustres de Indias*, un asunto contemporáneo se integraba en el prestigioso estruendo de la épica.

La poesía narrativa española, y, en general, toda la épica renacentista, está construida de acuerdo con unos esquemas de aplicación rígida. Esa codificación no sólo alcanzaba a delimitar la forma métrica en que aquella poesía debía materializarse —la octava real— sino que exigía la inclusión de determinadas situaciones cuya aparición en el poema era inaplazable: la invocación a las musas, la tempestad, el recuento de los guerreros, la intervención de los dioses, etc. A esos rasgos ineludibles la épica española añadía otro, no exclusivo, pero sí muy acentuado en ella: el realismo. Menéndez Pidal, que incluye tal realismo entre los caracteres permanentes de la literatura española, indica cómo algunos poetas llegaron a someter sus obras a la consideración de testigos presenciales de los hechos que narraban para que certificaran su veracidad. Esto ocurrió singularmente con los poemas de asunto americano tales como *El Marañón*, de Diego de Aguilar, y *Argentina*, de Barco Centenera. Sin embargo, pese a la morosidad y exactitud del detalle, todas esas obras, incluida *La Araucana*, fueron incapaces de captar el escenario real donde ocurrían los sucesos; carecen, en la acertada expresión de Paul van Thieghen, de "color local".

El Espejo de Paciencia se inserta naturalmente en ese código tradicional, aceptando sus convenciones.

Balboa ni siquiera barruntó la posibilidad de innovaciones: cuando el Obispo Altamirano le reconvino por su pereza poética se propuso remediarla y dar gusto al Obispo narrando "con la pequeña gracia que Dios me comunicó", y de acuerdo con la preceptiva de la épica, los azares del rapto del propio prelado. No obstante, en el poema se infiltraron ciertos rasgos anómalos, algunas singularidades que el futuro ha

confirmado como atisbos del desarrollo de la literatura americana contemporánea.

La estructura del poema de Balboa acepta íntegramente las convenciones: la declaración de propósitos; la invocación a las musas; la tempestad; el recuento de las huestes, las arengas, etc. El poema aparece precedido de seis sonetos laudatorios escritos por sus contemporáneos, los vecinos más conspicuos de Puerto Príncipe —Alfárez, Regidor, Alcalde, etc.— la advertencia al lector y la carta-dedicatoria a Altamirano. Consta de dos cantos: el primero de 560 versos —en realidad 558 ya que a una octava le faltan dos versos—; el segundo de 653. Se trata de un modesto esfuerzo de ingenio, especialmente si lo comparamos con los 144.000 versos de las *Elegías*, de Castellanos. Pero esta brevedad es justamente la primera virtud práctica del poema: gracias a ella puede ser leído. Ambos cantos llevan a su comienzo un resumen en prosa de la trama: el primer canto narra el rapto y rescate del Obispo, el segundo, la venganza que los vecinos de Bayamo ejecutan venciendo y decapitando al capitán francés.

El poema no tiene un héroe definido, sino varios personajes que impulsan la acción: el obispo y el capitán Gilberto, en el primer canto; el mismo Gilberto y el Capitán Ramos, en el segundo. Pero tanto en la primera parte como en la segunda es notoria la presencia del pueblo, integrado por una etnia abigarrada de negros, criollos, españoles, canarios, etc., en un democrático concilio de sangre y alegría. La exaltación que Balboa hace de las hazañas de Silvestre, un esclavo etiope "de los que Yara tiene en su labranza", nos revela a un autor carente de escrúpulos raciales y aun de clase, "en la tradición, como señala Cintio Vitier, de Bernal Díaz y de Ercilla".

La simpatía realista no veda a Balboa la alusión mitológica: ésta aparece profusamente en el canto primero: Cuando el capitán Gilberto conduce al Obispo al barco, emergen de las aguas las divinidades marinas ofreciéndole ayuda al

cautivo —que él rehúsa. Más tarde, cuando el Obispo es puesto en libertad, todos los seres que la mitología ha ubicado en bosques y fuentes desfilan ante él, ofreciéndole los dones de la tierra y de las aguas. En la segunda parte del poema la presencia mitológica queda reducida a un parlamento donde el río Bayamo se congratula del feliz regreso del prelado, y de la victoria de Ramos. Por cierto: allí donde aparece la esotérica fauna marina es donde Balboa anota la única referencia al mar que se encuentra en el poema: una octava en la que describe toscamente la ira de las aguas. Pese a que su vida era la experiencia de dos islas —o acaso por ello mismo— Balboa no advertía nada de esencial en el mar para retenerlo en el *Espejo*.

Dentro de su excentricidad, esas intervenciones surrealistas se manifiestan espontáneamente, como si el poeta quisiera dotar de expresión propia a las cosas —frutos, flores, aguas— que conforman el escenario donde transitan los personajes del *Espejo*. Ningún humano evoca su presencia espectral: están ahí, simplemente, con la misma naturalidad con que han nacido ajenas a sus significaciones mitológicas. No ocurre aquí la incongruencia que se da en Ercilla, donde un caudillo araucano invoca a las divinidades... del Olimpo. Los sujetos que intervienen en el poema de Balboa se mantienen aparte en tanto la naturaleza, con su realidad maravillosa, actúan autónomamente, estableciendo una sutil conexión entre la realidad y la fantasía que propone a la imaginación. Esta sutura es la "*naturalidad*" con que acontece y se describe eso que podría cifrarse como "segunda realidad" y nunca como una inverosimilitud. Balboa no nos enfrenta a un delirio fantasmagórico —eso son las evocaciones de Ercilla, de Oña y de tantos otros épicos americanos— sino a otra forma de realidad.

Esta irrealidad-real supone el verdadero acceso a la individualidad más significativa del poema: es en ese contexto donde aparecen las únicas observaciones que el poeta registra acerca del verdadero paisaje de la isla de Cuba: esas precisas notas de color local que distinguen al *Espejo*

de toda la épica de su tiempo y lo convierten en una preciosa pieza de la poesía cubana. En efecto: lo que las náyades, lummiadas, ninfas, etc., ofrendan al Obispo rescatado no son los habituales frutos consagrados por la tradición (manzanas, uvas, etc.) sino otros que llevan nombres tan insólitos como hicoteas, mameyes, piñas, aguacates, plátanos, mamones, etc. También junto a pífanos y rabeles suenan marugas, albogues, tipinaguas: toda la fanfarria estruendosa de una comparsa caribeña.

¿Cómo pudo Balboa insertar en un contexto épico semejantes originalidades? Ni siquiera Ercilla, pese a la exactitud inventarial de su estilo, se atrevió a tanto. Me permito aventurar una explicación al respecto: porque era canario, y porque había leído a Cairasco y a Viana.

Como canario, Balboa había estado durante su vida en la isla nativa en contacto con una naturaleza distinta a la que habitualmente aparecía en los libros europeos. Los rasgos diferenciales existentes entre una y otra no le pasarían inadvertidos. Al contrario: inducido por esas dotes de observación que ya entonces debían ser determinantes del carácter isleño —carácter condicionado por la soledad, la lejanía y por unos moldes de vida que paulatinamente se iban distanciando de los de la metrópoli española— apreciaría las divergencias que aparecían entre el molde literario y la realidad insular. Tal circunstancia lo haría ampliamente receptivo a las novedades que le deparaba la naturaleza cubana, al menos en aquellos matices visibles más evidentes como eran los frutos y sus nombres. Estos, incluso, a un óído como el suyo, habituado a las supervivencias de la lengua guanche en el vocabulario de Canarias, no debían sonarle tan exóticos como a los de un español.

Por otra parte, ya Cairasco y Viana, prosiguiendo el tono de visión paisajista que inaugura el poeta anónimo de las *endechas* a Guillén Peraza, habían realizado una operación análoga en sus poemas con la naturaleza de Gran Canaria y Tenerife. Ambos poetas describen el paisaje insular fi-

jándose en sus peculiaridades locales, y abandonando hasta cierto punto las convenciones literarias. Los dos utilizan una técnica enumerativa ceñida al estricto oficio del nombrar:

palmas cuyos dátiles
exceden al almíbar, y altos cúmulos
de tiles, lauros, barbuzanos y álamos.

(Cairasco, *Epístola* [a] *Mateo de Barrio*)

Producen sus espesos y altos montes
álamos, cedros, lauros y cipreses,
palmas, lignóleos, robres pinos,
lentiscos, barbuçanos, palos blancos,
viñáticos y tiles, hayas, breços,
azebuches, tabaibas y cardones,
granados, escobones y los dragos
cuya resina o sangre es utilísima.

(Viana, *Poema*, canto primero)

Enfrentado con la naturaleza cubana en la misma circunstancia descriptiva, Balboa procede de idéntica manera:

Vienen cargados de mehí y tabaco,
mameyes, piñas, tunas y aguacates,
plátanos y mamones y tomates

.....

Guanábanas, gegiras y caimitos

.....

Con mucho jaguará, dejao y lisa,
camarones, viajacas y guabinas.

(Balboa, *Espejo*, canto primero)

Los tres poetas revelan el puro goce de utilizar la lengua en su manifestación más genuina: la palabra por sí misma. Ningún adjetivo matiza, exalta o refrena. Limpiamente se propone a la imaginación del lector un mundo de pulpas y humedades, colores y tactos, sabores, con el hecho demiurgo y simple de nombrar. El nombre lo es todo: el nombre y sus complejas resonancias. El poeta no mediatiza las signi-

ficaciones: éstas serán tan multilaterales como las experiencias, o las fantasías, del lector se lo permitan.

De Cairasco toma también Balboa uno de los artificios más notorios de su poema: la reiteración en determinadas situaciones de un idéntico verso para acabar la estrofa: así ocurre en los cuatro monólogos que contiene el poema: el del Obispo, el del capitán Ramos, el del capitán Gilberto y el del río Bayamo. Cada uno de estos monólogos está integrado por cuatro octavas cuyo verso final es el mismo en cada grupo de cuatro. Cairasco utiliza este recurso, entre otros cantos del *Templo Militante*, en el dedicado a San Sebastián. El texto del verso que aquí repite San Sebastián en su monólogo —“che un bel morir tutta la vita honora”— (pág. 86) guarda parecido indudable con el que se reitera en el parlamento de Ramos: “Que el buen morir cualquier afrenta dora”. Asimismo se advierte en Cairasco, e igualmente en Viana, el tono sentencioso que revisten no pocos versos del *Espejo*. Los poetas concluyen numerosas octavas con una especie de aviso moral cuya memoria retiene el dístico.

Sin embargo, y justamente a través de esos monólogos citados, Balboa hace una atinada caracterización de sus personajes, incidiendo en su diferenciación psicológica. Tanto el Obispo como los capitanes Ramos y Gilberto aparecen en esos monólogos sumariamente individualizados, pero a la vez se nos presentan como asunciones personales de una actitud colectiva, racial y filosófica, de comportamiento ante los hechos. El Obispo implora a Dios su libertad; mas no lo hace por el sufrimiento que le causa la prisión, sino ante el temor de que sus feligreses queden desatendidos: el verso recurrente de su parlamento es: “el verdadero amor se ve en las obras”: un sólido pragmatismo —habitual de la iglesia católica— que no le impide aceptar la prisión como “beneficio” de conformidad con la actitud cristiana de que Dios dispone el azar del destino del hombre en su propio bien. Ramos, en la arenga que dirige al exiguo ejército que lo acompaña antes de la batalla de Manzanillo le recuerda

que "el buen morir" justifica y corona la vida de un hombre. El concepto del honor, de la fe, del cumplimiento del deber, se sitúa por encima de la victoria, e incluso de la vida. Lo importante es estar ahí, participar en la batalla para vengar el escarnio infringido a la comunidad en la persona del Obispo. Con frase que suena dolorosamente contemporánea —es inactual, al parecer— Ramos afirma: "Esta causa es de Dios". Girón, por el contrario, respondiendo a lo que es hoy —y también entonces, por lo que se ve— tópico acerca del goce francés del existir, anima a sus hombres recordándoles la "dulce vida regalada" que han llevado, y de la que volverán a disfrutar si triunfan en el combate. Sólo en segundo término alude Girón "a la honra", no sin añadir a ella inmediatamente "y el provecho", como si aquélla no fuera importante sin éste. Los límites bien definidos de esa esquemática caracterización tienen como objeto el trazado de un paralelismo, de modo que quede clara la contraposición de los personajes la índole de sus roles y el cumplimiento de los mismos previos los requisitos que los definen. Esa misma intención paralelística, aunque en otro sentido, existe entre el monólogo del Obispo y la narración de las hazañas del negro Salvador. Balboa, para advertirnos de su propósito, hace preceder ambos fragmentos de una invocación a las musas —las dos únicas que aparecen en el poema— como si sólo en esas ocasiones precisas necesitara de su aliento. Son dos momentos antitéticos que marcan la máxima tensión del poema: el uno es el instante de la resignación; el otro el del fragor de la violencia. Balboa al disponer de manera tan evidente esos efectos, quiere subrayar que hay un tiempo para la mansedumbre y la resignación, y otro para la ira y la venganza. Sin duda, Balboa fue un buen lector de la Biblia, aparte de saberse bien a Cairasco y a Viana.

La crítica cubana —única que se ha ocupado con alguna extensión de *Espejo de Paciencia*— al rastrear los modelos que pudieron influir en Balboa, repara en Ercilla, Oña, Lasso de la Vega, Barahona de Soto, etc. Ninguno menciona

a Cairasco ni a Viana, probablemente por desconocer la obra de esos poetas canarios. Sin embargo, su influencia directa está ahí, según queda apuntado.

El *Templo Militante*, de Cairasco, apareció en 1602, y el *Poema*, de Viana, en 1604. Balboa ya residía en Cuba; pero el autor del *Espejo* no precisaría la lectura de ambas obras para estar imbuido de su espíritu y técnica. Es más que probable que Balboa conociera a Cairasco, e incluso a Viana, ya que las fechas de su residencia en Canarias coinciden plenamente con las de actividad literaria de aquéllos.

La vida y obra de Cairasco define el talante cultural de Canarias en las décadas finales del siglo XVI. Su tertulia, abierta en el jardín de su casa entre 1580 y 1600, constituyó el centro intelectual de la isla al que acudían amigos y admiradores del poeta, escritores ellos mismos, nativos y forasteros. De la vida de Balboa en Las Palmas no se conoce ningún pormenor; sólo que transcurrió en esa ciudad hasta, por lo menos, 1593. Antes de redactar el *Espejo* —y probablemente después— Balboa debió escribir otros poemas —hoy desconocidos. No es probable que su afición a las letras fuera tardía, sino que se manifestara en su juventud, es decir: antes de esos treinta años que como mínimo contaba cuando se trasladó a Cuba. Así, pues, un joven de sus aficiones, de su indudable talento, probablemente de buena familia ¿qué de extrañío tiene que frecuentara el jardín que Cairasco había puesto bajo la advocación de Apolo Delfico? Allí, de labios del Canónigo, escucharía los versos que aquél había consagrado a describir la selva de Doramas, las octavas reales de su traducción de Taso; alguna carta de Luis Barahona de Soto amigo epistolar de Cairasco— que lo incitaría a la lectura de su *Angélica*. Aprendería de D. Bartolomé el respeto literario que éste mostraba por los obispos, escribiendo en su alabanza comedias que proclamaban el regocijo de la isla por su venida a ella. Allí también en el silencio marino de cualquier tarde, llegaría la conmoción por el ataque de algún pirata a los litorales isleños; el fragor y la música, la insidia, el olor de

la página impresa en la lejana Sevilla, todo alcanzaría en aquel jardín de la calle de San Francisco un retumbar inteligente. La vida de Balboa está marcada por su experiencia canaria: educación, amigos, lecturas. Cuando en su destino de Puerto Príncipe se rodeaba de gente como él, aficionada a las letras ¿no llegaría a sentirse Balboa como el Cairasco de aquella tertulia americana, trasladados allí los hábitos y la atmósfera de su otra sociedad isleña?

Desde que *Espejo de Paciencia* fuera descubierto en 1838 la crítica se ha mostrado poco benévola en su estima. José Antonio Echeverría se refiere a su autor como "el buen Balboa" y su detalle de diversos aspectos del poema transpiran una contenida conmiseración. Aurelio Mitjans asevera que los "versos con que Balboa celebró esa hazaña valen poca cosa"; de "fatigosas" califica José María Chacón y Calvo a las octavas; cuando alude al título del poema lo moteja de "peregrino", añadiendo que el poeta "no ve nada de la tierra cubana" en ese "estéril ejercicio de versificación".

Un ligero cambio de actitud hacia los méritos de Balboa lo asume Henríquez Ureña quien afirma que el poeta es un "versificador mediano, con alguno que otro rasgo de habilidad descriptiva, y no inferior, en términos generales, a muchos que en la Península aspiraban en su tiempo al dictado de poetas épicos". En fecha más reciente, Lezama Lima y Cintio Vitier reclaman para Balboa el sitio inicial de la poesía cubana, y el mérito de haber planteado en sus versos problemas que aquélla habría de asumir en su etapa contemporánea.

Espejo de Paciencia contiene, ciertamente, ripios; es prosaico y a veces fatigoso. La servidumbre a la realidad y a la rima no era tarea fácil de sobrellevar con éxito. No únicamente para Balboa; tampoco para Quevedo o Góngora, y no digamos para Ercilla o Castellanos. Pero existen igualmente en el poema versos de vigor y plasticidad admirables.

Pero la importancia real del poema de Balboa se deriva tanto de sus méritos literarios —que no son escasos— como de su situación histórica, protagonizando un esfuerzo solitario que no tendría continuación en Cuba hasta la época romántica. Es, en este sentido, un poema nacional; en él comienza el proceso de crispación de la nacionalidad cubana y su expresión diferencial en la literatura: las divergencias entre la naturaleza cubana y los moldes literarios europeos; la aglomeración indiscriminada de una variopinta etnia; la resonancia popular de su filosofía; la vecindad que la realidad y la magia establecen sin fisuras ni violencias, son algunas de las circunstancias que de una manera u otra están presentes en el *Espejo* como antecedentes de la problemática literaria, y hasta social, de la Cuba contemporánea. La obra de José Martí o de Nicolás Guillén se inserta en esa línea. También está en el *Espejo* esa exultación primigenia del *nombrar*, tan característica de la prosa de Alejo Carpentier. Balboa no resolvió adecuadamente los problemas que planteó en su poema; es probable que ni siquiera advirtiese conscientemente que los planteaba. Pero el hecho de que cuando menos, quedaran observados a principios del siglo XVII no es precisamente muestra de talento escaso.

"Todo futuro es fabuloso" ha proclamado hace poco un descendiente del negro Salvador, héroe de Manzanillo, el decapitador de Gilberto Girón. Eso ya lo previó el canario Balboa cuando hizo bailar a sátiros y faunos al golpe caliente y picante de las marugas.

LAZARO SANTANA

ESPEJO DE PACIENCIA

DONDE SE CUENTA LA PRISION QUE EL CAPITAN
GILBERTO GIRON HIZO DE LA PERSONA DEL ILUS-
TRISIMO SEÑOR D.^o FRAY JUAN DE LAS CABEZAS
ALTAMIRANO, OBISPO DE LA ISLA DE CUBA, EN
EL PUERTO DE MANZANILLO,
AÑO DE MIL SEISCIENTOS Y CUATRO.

Dirigido al mismo señor Obispo

P O R

SILVESTRE DE BALBOA TROYA Y QUESADA,

NATURAL DE LA ISLA DE GRAN CANARIA; VECINO
DE LA VILLA DEL PUERTO DEL PRINCIPE.

En el informe precedente se ha indicado la inexistencia de un texto genuino de Espejo de Paciencia, ya fuera de la mano del propio autor o de algún copista de la época. Los diversos editores del poema han partido de las copias manuscritas obtenidas del texto que figuraba en la Historia... de Morell. Por descuidos del copista, y por erratas de imprenta, esas ediciones difieren ligeramente entre sí. Cintio Vitier, en la edición que se ha citado oportunamente, hizo una síntesis crítica de las varias lecciones que proporcionan esos textos, estableciendo otro, presumiblemente más acorde con el original incógnito. Compulsadas las distintas ediciones de Espejo de Paciencia, el texto establecido por Vitier nos ha parecido el más correcto; es el que reproducimos en la presente edición, con muy ligeras alteraciones en la puntuación, y con un cambio importante en el verso 975; sustituimos el término ahorra por el de honra, dándolo como más acorde con el sentido del verso.

AL LECTOR

Amigo y curioso lector: No te pido que encubras mis faltas, que bien sé que por mucho que te lo ruegue no lo has de hacer: ni tampoco te pido que loes lo que fuere de tu gusto, que sería necedad mía pensar que la rudeza de mi ingenio lo puede dar a nadie. Lo que te suplico es que no te arrojes luego a condenar por malo lo que por ventura ignoras: déjalo al tiempo, que haga su oficio, que en el discurso de él quedarás desengañado.

Movióme a escribir la prisión de este santo Obispo la paciencia con que la sufrió, y por eso le puse el título que tiene, obligado de su ejemplar vida, buenas prendas y clarísima sangre. Puse juntamente la milagrosa victoria que el Capitán Gregorio Ramos alcanzó del Capitán Gilberto Girón en el puerto de Manzanillo; así por ser lo uno dependiente de lo otro, como porque pareciese algo este librito. Fingí, imitando a Horacio, que los dioses marineros vinieron a la nave de Gilberto a favorecer al Obispo, para que entiendan los temerosos de Dios, que hasta los brutos animales sienten las injurias que se hacen a sus ungidos, y que ellos, imitando a su maestro, Cristo, aunque se puedan vengar no lo hacen, antes si ruegan a Dios por sus enemigos. Asimismo escribo la alegría y contento que recibió toda la isla con su venida y libertad, y el júbilo con que le salieron a recibir, no sólo los vecinos del Bayamo, sino también las ninfas de los montes, fuentes y ríos, para que se note la falta que hace un bueno en una república, y el contento y

alegría que muestran en su venida no sólo los hombres racionales, pero hasta los animales brutos y cosas insensibles. Dirijo ésta al mismo Obispo porque viese sus trabajos escritos; que nadie los siente tanto como el que los pasa. Esto es lo que contiene este librito: eso ofrezco. Dios ponga tiento en tu lengua.

*Al Illmo. Sr. Don Fray Juan de las Cabezas Altamirano,
Obispo de esta Isla de Cuba, Jamaica y la Florida, del Consejo
de su Majestad. Silvestre de Balboa Troya y Quesada.*

CARTA-DEDICATORIA

Acuérdome, Príncipe Illmo., que partiéndose V.S. de esta villa para la del Bayamo, me dio unas justas quejas, casi reprendiéndome del descuido de no haberle mostrado alguna cosa de esta pequeña gracia que Dios me comunicó; y como las palabras de los príncipes son tan poderosas, se imprimieron en mí de manera que atropellando todas las dificultades que la rudeza de mi ingenio con justa razón me ofrecía, tomé la pluma y escribí la triste y lamentable prisión de V.S., tan sentida y llorada en toda esta isla. No hago mención en ella de las costumbres y santa vida de V.S. Illma., ni de los heroicos hechos y memorables hazañas de su antiquísima casa, tan adornada y enriquecida de tantos roeles y cabezas de turcos, porque sería proceder a largos discursos: baste que el mundo esté rico de sus trofeos y las historias llenas de sus victorias, y toda esta Isla rica y regocijada en tener por su Obispo un príncipe tan cristianísimo cuya santa vida Dios guarde por largos y felices años con los acrecentamientos que V.S. merece y sus súbditos le deseamos.

Puerto del Príncipe, Julio 30 de 1608 años.

DEL CAPITAN PEDRO DE LAS TORRES CIFUENTES,
VECINO DE ESTA VILLA

SONETO (I)

Habéis echado el sello a nuestra ciencia
Con tan sublime obra, buen Silvano,
Diciendo del ilustre Altamirano
El valor, cristiandad y la paciencia.

Infalible verdad fue la pendencia
Que Ramos tuvo con el luterano;
Vengó al Pastor la poderosa mano,
Dándonos a entender su omnipotencia.

Que al humilde levanta y le da loa,
Y al soberbio arrogante echa por tierra;
Estilo del Señor muy ordinario.

Recibe de mi mano, buen Balboa,
Este soneto criollo de la tierra,
En señal de que soy tu tributario.

DEL ALFEREZ CRISTOBAL DE LA COBA MACHADO,
REGIDOR DE ESTA VILLA

SONETO (II)

Tan alto vuelas, pájaro canario,
Que se pierde de vista ya tu vuelo,
Cual águila caudal que sube al cielo
A buscar su remedio en su contrario.

Tú, que con nuevo estilo extraordinario
Tu fama extiendes por el ancho suelo,
Cantando la prisión y desconsuelo
Del divino Pastor, santo vicario;

Baja del alto alcázar de Helicon
Donde tu claro ingenio te ha subido,
A esta fragilidad nuestra ordinaria:

Y ceñirán tus sienes la corona
Del lauro bello sin sazón cogido,
Que te ofrece tu madre Gran Canaria.

DE BARTOLOME SANCHEZ,
ALCALDE ORDINARIO DE ESTA VILLA

SONETO (III)

Los que con gracia quieren ver y aviso
Un Silvestre galán y cortesano,
Vengan a Puerto Príncipe cristiano
Y gozarán de un nuevo paraíso.

De nuestro frágil vidrio quebradizo
Verá un ejemplo raro y soberano
En la prisión del buen Altamirano,
A quien con ella Dios regalar quiso.

Gracias al buen Silvestre de Balboa,
Que por tan dulce estilo nos declara
De aqueste santo Obispo la paciencia.

Bien merece desde hoy eterna loa,
Y el generoso Obispo de la tiara
Que tiene el mundo de mayor potencia.

DE JUAN RODRIGUEZ DE SIFUENTES,
REGIDOR DE ESTA VILLA

SONETO (IV)

Las siete fortunadas islas bellas
Donde Marte y Amor tienen su asiento,
Salen surcando el líquido elemento,
Acompañadas de dos mil estrellas:

Y de aquel ámbar-gris que en todas ellas
Cría el divino autor del firmamento,
Llega el suave olor que lleva el viento,
Por donde se conoce que son bellas.

Llegan a donde vive el que las loa;
Y como a hijo dulce y regalado
Le puso cada cual su laureola:

Y así quedó Silvestre de Balboa
De estas siete diademas coronado,
Todas ganadas por su virtud sola.

DE ANTONIO HERNANDEZ EL VIEJO,
NATURAL DE CANARIAS

SONETO (V)

Hermosas ninfas que en la fértil Moya,
Donde Flora le dio nombre a su estancia,
Gozáis de la frescura y fragancia
Que a tan discretos ánimos apoya;

Aquí donde el amor pesca sin boya
Y nunca sale de ella sin ganancia,
Y pudiera el autor sin arrogancia
Decir por lo pasado, "Aquí fue Troya";

De aquellas verdes hojas que en rehenes
Cogió aquél que de Dafne ya carece,
Componiendo guirnalda variada,

Ceñiréis de Silvestre ambas las sienes;
Pues con sus versos honra y engrandece
De vuestra amenidad la patria amada.

DEL ALFEREZ LORENZO LASO DE LA VEGA Y
CERDA

SONETO (VI)

Dorada isla de Cuba o Fernandina,
De cuyas altas cumbres eminentes
Bajan a los arroyos, ríos y fuentes
El acendrado oro y plata fina;

Si el dulce canto y música divina
De aquél que vio las infernales gentes,
Las penas suspendió a tan diferentes
Y movió a compasión a Proserpina,

Con cuánta más razón, isla dichosa,
Estáis vos dando al Orbe admiración
Con este nuevo Homero y fértil yedra;

Pues su dulzura os hace más famosa
Que aquélla a quien la lira de Anfión
Hizo los muros de ladrillo y piedra.

CANTO PRIMERO

ARGUMENTO

El Capitán Gilberto Girón, francés, Señor de la Ponfiera, llega con una gruesa nao a Manzanillo, puerto y jurisdicción del Bayamo, y teniendo noticia que el Maestro Don Fray Juan de las Cabezas Altamirano, Obispo de esta isla de Cuba, está en el hato de Yara, salta en tierra con veinte y seis soldados y caminando de noche, prende al Obispo y al Canónigo Puebla, y los trae presos a su nao, donde rescatan al Obispo por cueros y dinero, y le dan libertad.

Canten los unos el terror y espanto
Que causó en Troya el Paladión preñado:
Celebren otros la prisión y el llanto
De Angélica y el Orco enamorado:
Que yo en mis versos sólo escribo y canto
La prisión de un Obispo consagrado:
Tan justo, tan benévolo y tan quisto
Que debe ser el sucesor de Cristo.

Don Juan Cabezas es Altamirano,
A quien el cielo con amor se inclina
Y hace que le confíe el soberano
La mitra episcopal de Fernandina:
Al cual un atrevido luterano
Temerario y osado determina
Prender, de su codicia apasionado;
Que nacen muchos males de un pecado.

De este prelado ilustre la paciencia
Con que pasó tan áspero suplicio,
La humildad, sufrimiento y obediencia
Con que se daba a Dios en sacrificio,

.....

.....

He de cantar si no es atrevimiento
Subir tan alto con tan bajo acento.

De amor diré las grandes maravillas
Que obró en el pecho de este Obispo santo;
Pues por sus enemigos de rodillas
Rogaba a Dios con lágrimas y llanto.
Sus trabajos, angustias y mancillas
Serán adorno de mi débil canto;
Que tanto es mayor lástima el agravio
Cuanto el paciente principal o sabio.

Las armas cantaré con que la ofensa
Dio al ofensor la pena merecida;
Justo castigo de la mano inmensa
A una maldad tan grande y atrevida:
Que el gran Señor que todo lo dispensa
Y a todos con su gloria nos convida,
Si disimula como padre amigo,
Como severo juez nos da el castigo.

También diré el valor y valentía
De veinte y cuatro milites monteros,
Que con agilidad y bizarría
Mostraron contra Francia sus aceros,
Y desnudos de escudos en un día
Dieron la muerte a veinte y seis guerreros,
Y un capitán ilustre, grande hombre,
Que Gilberto Girón había por nombre.

Gregorio Ramos es de quien escribo
Esta hazaña tan digna de memoria,
Cuyo grande valor y pecho altivo
Es digno siempre de alabanza y gloria:
Porque su fuerte brazo vengativo
Alcanzó en Manzanillo una victoria
Tan alta, tan famosa y señalada
Cuanto la causa fue justificada.

Cesen en Dido, basten en Prïamo
De sus ojos la líquida corriente,
Que nuestra Troya es hoy Bayamo,
Humeando a impulsos de traición ardiente.
A los más afligidos cito y llamo,
Y hallarán en sus penas el ambiente
De un Obispo atribulado y santo,
Con que es preciso mitigar el llanto.

Tiene el tercer Filipo, Rey de España,
La ínsula de Cuba o Fernandina
En estas Indias que el Océano baña,
Rica de perlas y de plata fina.
Aquí del Anglia, Flandes y Bretaña
A tomar vienen puerto en su marina
Muchos navíos a trocar por cueros
Sedas y paños y a llevar dineros.

Surgen aquestas naos a una playa
Que tiene al Sur, llamada Manzanilla,
Donde Eufrosina, Erato, Clío y Aglaya
Algún tiempo tuvieron cetro y silla.
Mientras duró este trato dio de Acaya
Un mal olor que inficionó su orilla:
Y hay desde ella al Bayamo, villa sana,
Diez leguas y una más, por tierra llana.

Estaba a esta sazón el buen prelado
En esta ilustre villa generosa,
Abundante de frutas y ganado,
Por sus flores alegre y deleitosa.
Era en el mes de Abril, cuando ya el prado
Se esmalta con el lirio y con la rosa,
Y están Favonio y Flora en su teatro;
Año de mil y un seis con cero y cuatro.

En este tiempo el buen Obispo quiso
Visitar las haciendas de Parada,
Por la pía memoria que el tal hizo
Antes que diera fin a su jornada.
Partió el santo Obispo de improviso,
Ajeno de tener miedo de nada;
Que no teme presente ni futuro
El que con su quietud vive seguro.

De los prelados es costumbre antigua
Visitar estos hatos cada año;
Porque con su presencia se averigua
Si malicia o incuria le hacen daño;
Y si hay persona dentro o bien contigua
Que cual polilla ruin maltrata el paño
La echan de la hacienda el mismo día;
Y así conservan la memoria pía.

Entre las fuertes naves que en el puerto
De Manzanillo enarboló bandera,
Fue la del bravo capitán Gilberto,
Francés ilustre, señor de la Ponfiera.
Este maldito tuvo aviso cierto
Como el Pastor de Dios llegado era
A Yara, rico hato y abundante,
Que está seis leguas de la mar distante.

Sabido aquesto, fabricó en su pecho
Prender a nuestro ilustre Altamirano,
Pospuesto ya el temor por su provecho
Y aun el castigo de la eterna mano.
Resuelto, pues, a tan infando hecho
Contra nuestro pontífice cristiano,
Arma veinte y seis milites valientes,
Poniéndoles divisas diferentes.

Y sin detener un punto apenas,
Con arrogancia y voz luciferina,
Estamparon los pies en las arenas
De aquella playa de memoria dina:
Y mirando de lejos las antenas
De sus navíos, dejan la marina,
Y marchan donde está el Santo Vicario
Descuidado y sin miedo del contrario.

¿Que hacéis, buen pastor, que ya la aurora
Deja del dulce sueño el intervalo?
Mira que te apareja antes de una hora
La mano del Señor un gran regalo;
Y la misericordia que en él mora
Dando paciencia al bueno y mano al malo,
Con admirable traza de su ciencia
Hoy quiere dar un toque a tu paciencia.

Y ordena allá en su trono que sea día
Del Mártir Pedro de tu misma orden,
Para que como él a la herejía,
Castigues de Gilberto la desorden.
Vela, pastor, que viene cerca el día,
Y el enemigo va marchando en orden;
Y entiende para el daño que te viene,
Que todo aquesto su misterio tiene.

Salía ya Febo tras la bella Aurora
Dorando los hermosos chapiteles,
Y con dulce soplar Favonio y Flora
Daban la vida a rosas y claveles,
Cuando de sobresalto y a deshora
Llegaron al asiento los infieles
De Yara, donde el buen Obispo estaba
Descuidado del mal que lo esperaba.

Tocan al arma, disparan arcabuces,
Apellidando a Jorge su abogado,
Y como fue el asalto entre dos luces,
No hay quien no esté afligido y espantado.
Comienza el buen Obispo a hacerse cruces,
Atónito del caso no pensado.
Oh Dios que diste ciencia a Salomón,
¿Quién se podrá librar de tal traición?

Matan dos hombres que durmiendo estaban:
Golpean y hieren con gallardos bríos;
Y al riguroso estruendo que formaban
La gente recordó de los bujíos:
Pero como del sueño despertaban,
Quedaron tan mortales y tan fríos
Cual si fueran de mármol o de canto,
Que el primer movimiento causa espanto.

Cual el pastor, después de anochecido,
Habiendo antes juntado su ganado,
Del dulce sueño queda sorprendido
Y da reposo al cuerpo fatigado,
Y llega el lobo con furor crecido,
Y hallando aquel aprisco descuidado
En él hace mortal carnicería
Sin que lo sienta hasta que llega el día:

Así nuestro pastor, cuando su gente
Tuvo en aquel asiento recogida,
Al blando sueño dio lugar decente,
Después que a Dios encomendó su vida:
Cuando el lobo Gilberto de repente
Dio en la pobre manada que dormida
Estaba, descuidado el pastor santo
Del repentino caso y nuevo espanto.

O, cual en la Canaria en apañadas
Acechan cabras ágiles cabreros,
Que en los riscos están y en las aguadas
Despuntando la grama en sus oteros;
Y estando así paciendo descuidadas
Dan de repente en ellas los monteros,
Y con el sobresalto que allí influyen,
Unas quedan paradas y otras huyen:

Así quedaron en la triste Yara
Los que durmiendo estaban descuidados;
Que despertando con zozobra rara,
Se vieron de enemigos rodeados.
Unos huyeron la fortuna avara;
Otros quedaron casi desmayados:
Que el repentino estruendo y agonía
Recogió al corazón la sangre fría.

Pero después que las pasadas penas
Dieron lugar al racional sentido,
Volvió la sangre a solidar las venas,
Y el corazón cobró el calor perdido;
Y pretendiendo allí con trazas buenas
Ponerse a la defensa el ofendido,
Dejóse luego tan honroso nombre;
Que tarde al bien se determina el hombre.

A todo este alboroto y vocería
De esta gente sacrílega y malvada,
Nuestro ilustre pontífice dormía,
Que casi dello nunca sintió nada:
Pero luego acudió la infantería
Con diligencia presta y mano armada,
Cercándole la casa por los lados,
Donde él y Puebla estaban descuidados.

Cuando del dulce sueño despertando,
Siendo su daño cerca allí consigo,
Y vido que le estaba amenazando
El herético, vil, falso enemigo,
Con grande mansedumbre y amor blando
Juzgó que era de Dios este castigo:
Y así de allí adelante el tiempo malo
Lo tuvo por amplísimo regalo.

Y viéndose desnudo en mal tan cierto,
Los gritos, el tropel, las vocerías,
Salió con una sábana cubierto,
Como aquél que echó a huir cuando el Mesías:
Y mandándole a voces don Gilberto
Que se rindiese al fin sin más porfías,
Se dio a prisión, sin duda el peor estado
A que puede llegar un hombre honrado.

Lo mismo sucedió a Francisco Puebla,
Canónigo de Cuba, justo y bueno;
Y aún notando que el hato se despuebla,
Más siente su trabajo que el ajeno.
El aire y el cielo con sus ayes puebla
Viendo de sus desdichas el estreno;
Que es necesaria cuando así es contraria
De Dios una paciencia extraordinaria.

Ahora es tiempo que me vayas dando,
Musa, una vena muy copiosa y larga,
Para que pueda celebrar llorando
Del buen Obispo la prisión amarga.
No se hubo dado a las prisiones, cuando
Aquella gente de conciencia larga,
Las manos maniató al Pastor Doliente,
Y él las cruzó, por ser más obediente.

Quieren decir algunos que vendido
Fue, como el buen Jesús, amada prenda;
Que donde es el virtuoso conocido,
No ha de faltar un Judas que le venda;
También lo fue Josef y perseguido
De sus hermanos con mortal contienda.
Después se vido con alteza y gloria,
Que casi fue figura de esta historia.

Los que os quejáis de la fortuna avara
Por cualquiera mediano movimiento;
Los que mostráis en público en la cara
Lo mucho que sentís un descontento,
Vení al hato tristesísimo de Yara:
Veréis de un temerario atrevimiento
Atadas con mil nudos apretados
Las manos que desatan los pecados.

¿Qué te quejas de amor, curioso amante,
Si tan pronto no logras tu deseo?
¿Qué estás llorando, triste mercadante,
Porque no te salió bien el empleo?
¿Y tú, soldado altivo y arrogante,
Que tienes la soberbia por trofeo?
Juntaos para ver a este prelado
A pie, descalzo, al sol y destocado.

De esta manera le llevaron preso,
Cual si fuera culpado delincuente;
Y jugando con él al poco seso,
No faltó quien le diese a mantener.
Cansado iba el Pastor; mas no por eso
A piedad se movió la mala gente;
Que un obstinado corazón sin freno
Pocas veces se inclina a lo que es bueno.

Pues viendo los heréticos sayones
Que descansando el paso recobraba,
El capitán le dio dos encontrones
Con una arma de fuego que llevaba.
De esta manera fue entre los ladrones,
Y con esta congoja caminaba,
Tan fatigado y triste que pudiera
Mover a compasión a cualquier fiera.

Estaba el buen Obispo tan cansado
Que dar no puede pasos adelante;
Y viendo en el camino puesta a un lado
La cruz con que Jesús salió triunfante,
Al pie de ella se puso arrodillado,
Y con contrito corazón constante,
Mientras que le dejó la gente fiera,
A hablarle comenzó de esta manera.

"Oh cruz divina, umbrosa, donde quiso
Morir mi Dios para que yo viviese;
Llave que el cielo abrió y el paraíso,
Consuelo del cuitado que padece:
Pues tanto bien en ti mi Dios nos hizo
Y permitió su amor que aquí te viese,
Merezca en mi favor ver lo que obras;
Que el verdadero amor se ve en las obras.

"Eterno Dios, que al Santo Daniel
Libraste del furor de los leones,
Y a Ananías, Azaria y Misael
Del fuego en que se vieron en prisiones,
Y a tu querido pueblo de Israel
De egipcios le libraste y Faraones,
Líbrame, buen Jesús, de estas zozobras;
Que el verdadero amor se ve en las obras.

"Y como a Paulo de la mar libraste
Y a Pedro, mi pastor, de la cadena,
Y a Loth, pues de Sodoma le sacaste,
Y al profeta Jonás de la ballena,
Te pido por las penas que pasaste
Me libres hoy de esta prisión y pena,
Pues un pastor para tu iglesia cobras;
Que el verdadero amor se ve en las obras.

"Pero si tu piedad quiere y consiente
Que tenga esta prisión por beneficio,
A todo estoy sujeto y obediente
Y como Isaac humilde al sacrificio.
Mas acordaos, Señor, que estoy ausente
De la Iglesia, mi esposa, y que mi oficio
Es enmendar, cual veis, faltas y sobras;
Y el verdadero amor se ve en las obras."

No hubo dicho bien la oración breve,
Cuando el hereje, pérfido maldito,
Comenzó a maltratar con mano aleve
El rostro humilde del Pastor bendito:
Mas quien en Dios se fía y en El se atreve,
Comenzó a predicarles lo que escrito
Nos dejaron los cuatro del Consejo
Que de la Ley de gracia son espejo.

Iba el Pastor tan falto de resuello
Que dar paso adelante no podía;
Ligadas ambas manos con el cuello,
Que a gran dolor y lástima movía:
Mas el divino Dios, echando el sello
De su misericordia, el mismo día
Dio traza como allí se le trajese
Un caballo en que el príncipe subiese.

Ese le trajo allí Juan de Sifuentes;
Que como supo el caso repentino,
Tomó la posta en busca de estas gentes
Por socorrer al príncipe benino:
Y con los ojos tristes hechos fuentes,
Alcanzándole en medio del camino,
El caballo le dio donde el prelado
Subió afligido, triste y fatigado.

Y tomando las riendas en la mano
De diestro lleva al príncipe llorando,
Y con gran libertad al luterano
Le reprehende un caso tan infando.
Mostró Sifuentes como buen cristiano
Su generoso pecho y amor blando,
Y ser en su valor entre estas gentes
Hijo de Juan Rodríguez de Sifuentes.

Pero la vil canalla, cuando vieron
Puesto a caballo al príncipe cristiano,
Un francés a las ancas le subieron
Porque no se les fuese de la mano.
De esta manera caminando fueron
Hasta poner el pie en el Océano,
Que se embarcaron todos en la orilla
Que forma en sus arenas Manzanilla.

Embravecióse el mar en aquel punto
Como sentido de la humana afrenta,
Y con el viento hizo contrapunto,
Tan triste como suele en gran tormenta.
Todos mostraron el color difunto;
Que el miedo de morir y dar la cuenta
Hace mudar al hombre los intentos,
Y mejora la vida y pensamientos.

Luego por todo el reino de Neptuno
La fama publicó caso tan feo;
El cual con Thetis, Palemón, Portuno,
Glauco, Atamantes, Doris y Nereo
Y las demás deidades de consumo,
Pherco, Salacia, Brontes y Proteo,
Las focas y nereidas en concierto
Llegaron a la nave de Gilberto.

Y condolidas del Obispo santo,
Le ofrecen su favor con mano armada:
Mas él con la humildad que puede tanto,
No quiso en su defensa aceptar nada;
Antes con la oración mezclada en llanto,
Aunque ve su persona maltratada,
A su venganza misma pone freno.
¡Oh, cuánto puede la virtud del bueno!

Entre las naos que allí tomaron puerto
Fue una de Pompilio el italiano;
El cual luego que supo el caso cierto
Del ilustre Pastor Altamirano,
Sentido del agravio y desconcierto,
Como hombre principal y buen cristiano
Fue a ver al buen Obispo, y de rodillas.
Bañó con grande pena sus mejillas.

Lo mismo Jaques hizo, su pariente,
Con mucha devoción y cortesía,
Que al fin aunque en la mar y entre ruin gente,
Nunca esconderse pudo la hidalguía.
Tratan de su rescate largamente,
Y ofrécenle su hacienda y mercancía,
Que aquél que tiene hidalgos pensamientos
Con obras mide sus ofrecimientos.

Recibió el buen Obispo gran consuelo,
Y con un tierno amor de padre pío,
Con ambas manos los alzó del suelo,
Si puede haberlo dentro de un navío:
Y agradeciendo de ambos el buen celo,
Puso su libertad en su albedrío:
Que el hombre noble y de alta cortesía
Aun de quien no conoce se confía.

Al fin se concertaron en mil cueros
Por el rescate del Pastor benino,
Y doscientos ducados en dineros,
Cien arrobas de carne y de tocino,
Sin otras cosas para los guerreros
Que en Yara hicieron tan loco desatino;
Que esto del dar allana inconvenientes
Y ablanda a todo género de gentes.

Pompilio y Jaques fueron los fiadores
De que sería la paga sin tardanza:
Pero nunca quisieron los traidores,
Que el ruin jamás de nadie hace confianza;
Y así los dos amigos valedores,
Por no poner en riesgo ni balanza
Del Pastor la persona, de sus bienes
Dos mil ducados dieron en rehenes.

Con esto, y con que quede a buena guerra
Con ellos Puebla a ver sus desvaríos,
Al generoso Obispo echan en tierra
Con salva general de los navíos.
Estaba ya la gente de la tierra
Esperando en los árboles sombríos
Al bendito Pastor, que ya venía
Llorando de contento y alegría.

Da las gracias a Jaques y a Pompilio,
Y de ellos se despide tiernamente:
Ofréceles su casa y domicilio
Y cuanto puede su familia y gente.
Ellos, que ven abierto el codicilio
De voluntad tan grata y evidente,
Las manos le besaron de rodillas,
Y el Pastor humedece sus mejillas.

Y estampando los pies en las arenas
Vido de sus ovejas el rebaño:
Llora con ellas sus pasadas penas,
Y ellas lloran con él su grave daño.
Anudan con mil grillos y cadenas
Su recíproco amor con desengaño:
Quedan ellas alegres y él contento.
¡Oh, cuánto puede un dulce parlamento!

Estaba el buen Obispo muy sentido
De las pobres ovejas de esta villa;
Porque del triste caso sucedido
Pensó que tenían culpa no sencilla:
Mas viéndolas delante conmovido
Del natural amor con que se humilla,
No sólo no mostró queja ninguna,
Pero las abrazó de una en una.

Así como el Pastor pisó de Yara
Las verdes yerbas y pintadas flores,
Alegres ojos y contenta cara
Mostró de allí adelante a sus dolores.
Fue desechando de fortuna avara
El pasado trabajo y sinsabores,
Y así recuperó sin demasía
El gusto, la salud y la alegría.

Sálenle a recibir con regocijo
De aquellos montes por allí cercanos,
Todos los semicapro del cortijo,
Los sátiros, los faunos y silvanos.
Unos le llaman padre y otros hijo;
Y alegres, de rodillas, con sus manos
Le ofrecen frutas con graciosos ritos,
Guanábanas, gegiras y caimitos.

Vinieron de los pastos las napeas
Y al hombro trae cada una un pisitaco
Y entre cada tres de ellas dos bateas
De flores olorosas de navaco.
De los prados que cercan las aldeas
Vienen cargadas de mehí y tabaco,
Mameyes, piñas, tunas y aguacates,
Plátanos y mamones y tomates.

Bajaron de los árboles en nagueas
Las bellas hamadriades hermosas
Con frutas de siguapas y macaguas
Y muchas pitajayas olorosas;
De virijí cargadas y de jaguas
Salieron de los bosques cuatro diosas,
Driadas de valor y fundamento
Que dieron al Pastor grande contento.

De arroyos y de ríos a gran prisa
Salen náyades puras, cristalinas,
Con mucho jaguará, dajao y lisa,
Camarones, viajacas y guabinas:
Y mostrando al Pastor con gozo y risa
De las aguas mil cosas peregrinas,
Se le ofrecieron y con gran prudencia
Le hizo cada cual la reverencia.

Luego sin detenerse un punto apenas
Vienen efedriades de las fuentes,
Y con mil diferencias de verbenas
Coronadas las sienes y las frentes,
Esparcen por el aire las melenas
Más que el oro de Arabia relucientes;
Y con plática dulce y regalada
Le dan el parabién de su llegada.

Luego de los estanques del contorno
Vienen las lumniades, tan hermosas
Que casi en el donaire y rico adorno
Pudieran parecer celestes diosas;
Y por regaladísimo soborno
Le traen al buen Obispo, entre otras cosas,
De aquellas hicoteas de Masabo
Que no las tengo y siempre las alabo.

Centauros y silvestres sagitarios
Vienen saltando por el verde llano,
Diciendo a gritos con acentos varios
¡Viva nuestro Pastor Altamirano!
Mil géneros de caza extraordinarios
Colgando traen del cinto y de la mano;
Y en rudo frasis, cual mejor supieron,
La bienvenida al buen Obispo dieron.

Las hermosas oréades dejando
El gobierno de selvas y montañas,
A Yara van alegres y cazando
Como suelen diversas alimañas,
Y viendo al santo príncipe, humillando
Su condición y abiertas sus entrañas,
Le ofrecieron con muchas cortesías
Muchas iguanas, patos y jutías.

Después que la silvestre compañía
Hizo al Santo Pastor su acatamiento,
Y cada cual le dio lo que traía
Con amor, voluntad, gozo y contento,
Al son de una templada sinfonía,
Flautas, zampoñas, y rabeles ciento,
Delante del Pastor iban danzando,
Mil mudanzas haciendo y vueltas dando.

Era cosa de ver las ninfas bellas
Coronadas de varias aureolas,
Y aquellos semicapros junto a ellas
Haciendo diferentes cabriolas.
Danzan con los centauros las más bellas,
Y otros de dos en dos cantan a solas;
Suenan marugas, albogues, tamboriles,
Tipinaguas y adufes ministriles.

De esta manera el príncipe cristiano
Llegó de Yara al sitio deleitoso,
A donde con la vista de aquel llano
Dio al cuerpo fatigado algún reposo.
Aquí le dejaremos libre y sano,
En tanto que el buen Ramos, deseoso
De vengar la prisión de su prelado,
Recoge los monteros de aquel prado.

CANTO SEGUNDO

ARGUMENTO

El Capitán Gregorio Ramos junta veinte y cuatro hombres de los que halló en los hatos comarcanos a Yara, y con ellos va a Manzanillo, y vence en batalla campal al Capitán Gilberto Girón, francés, y trae su cabeza al Bayamo.

Valientes caballeros que en Bretaña,
Flandes, Italia y otras cien mil partes,
En honra de Filipo, rey de España,
Enarboláis banderas y estandartes;
Los que en acometer cualquier hazaña
Sois en el Nuevo Mundo muchos Martes,
A todos os convido a oír un canto
Lleno de admiración, valor y espanto.

Atrás os dije ya cómo quedaba
Libre el Obispo y en su domicilio,
A donde del rescate se trataba
A que quedaron Jaques y Pompilio,
El cual a toda prisa se entregaba
A los de aquel herético concilio;
Que no hay mayor dolor para un discreto
Como deber a ruines sin respeto.

En tanto que la paga se hacía
El buen Gregorio Ramos, de quien canto,
En su discreto pecho proponía
Vengar la injuria del Obispo santo;
Y por no dilatar para otro día
Esta hazaña que importaba tanto
Dio parte de ella el valeroso hispano
Al ilustre Pastor Altamirano.

Y ambos a dos y un principal vecino,
Jácome Milanés, se resolvieron
De hacer una emboscada en el camino
Con los amigos que juntar pudieron;
Y Antonio de Tamayo se previno,
Y en la entrada del monte se pusieron,
Con orden que no deje, aunque dé el nombre,
Pasar de Manzanillo a ningún hombre.

Y los tres, cada cual por su vereda,
Partieron a los hatos comarcanos,
A buscar entre matas y arboleda
Quien tomase las armas en las manos:
Y juntando de pronto en una rueda
Veinte y cuatro valientes insulanos,
Digo, de aquéllos que en el fértil prado
Acometen al toro más picado;

Con esta valerosa compañía
Parten a Yara, principal asiento,
Donde llegaron al romper el día
Cuando Timbreo deja su aposento.
Aquí llenos de amor y de alegría,
Le declararon al Pastor su intento;
Prometiéndole todos por muy cierto
Traerle la cabeza de Gilberto.

El buen Obispo hizo sus protestos
Con las solemnidades del derecho,
Y que dejasen tales presupuestos
Les rogó a todos con humilde pecho:
Mas ellos que animosos y dispuestos
Estaban al heroico y alto hecho,
No aceptan las razones de que usa;
Que la resolución no admite excusa.

Luego el valiente Ramos deseoso
De dar de su valor al mundo muestra,
Con un gallardo espíritu brioso
De sus pocos soldados hizo muestra.
Iba delante el capitán famoso
Con su espada en la cinta, y en la diestra
Una lanza que casi competía
Con la famosa de oro de Argalía.

Jácome Milanés que donde quiera
Pudiera parecer con su alabarda,
Pasó y por morrión una montera
De paño azul con una pluma parda.
El bravo portugués Miguel de Herrera
Con un gran botafogo y espingarda
Pasó, mostrando como fuerte roble
El valor grande de su estirpe noble.

Gonzalo que de Lagos y Mejía
La fama ilustra y su valor sustenta,
Pasó, con una punta que tenía
Para librarse de cualquier afrenta;
Y a su lado con el Martín García
Con un chuzo escogido entre cincuenta,
Con su pluma de gallo en el sombrero
Más galán que Reinaldos ni Rujero.

Pasó Gaspar Mejía que las minas
Descubrió en lo alto de la sierra,
Con una espada corta de las finas
Que hizo Sagunto para astuta guerra.
Con mil plumas de aves peregrinas
Mostró su bizzarria el buen Juan Guerra,
Con un puñal, dorada la manzana,
Y al hombro una valiente partesana.

De los Reyes Gaspar, el Narigudo,
Pasó con una cota milanese,
Y en el brazo derecho por escudo
Un manatí, partida la cabeza.
Luego Gaspar Rodríguez el membrudo
Pasó con galán brío y gentileza,
Y gran machete en el cinturón pendiente
Que pudiera temerlo el más valiente.

Diego con Baltasar de Lorenzana
Pasaron cada uno con su punta;
Gallardos más que el sol por la mañana
Cuando sale galán y agua barrunta.
Pisando con furor la tierra llana
Donde antes había estado con su yunta
Pasó Pedro Vergara el de los grillos,
Con su aguijada al hombro y dos cuchillos.

Con arrogante talle pasó tieso
Bartolomé Rodríguez el valiente,
Con espada y broquel barcelonense
Y de la cinta un gran puñal pendiente.
Luego pasó con gravedad y peso
Un mancebo galán de amor doliente,
Criollo del Bayamo, que en la lista
Se llamó y escribió Miguel Baptista

Hernando con Antonio de Tamayo,
Cada uno con su lanza y su cuchillo,
Pasan galanes cual florido Mayo
De rojo, verde, blanco y amarillo.
Luego en otra hilera como un rayo,
Con el color de pálido membrillo
Pasó Miguel hasta la fin sujeto
De Luis de Salas, Provisor discreto.

Pasó con galán brío denonado
El bravo Juan Merchán dando mil saltos,
Con un vestido todo ensangrentado
De cañamazo fino de tres altos,
Y armado de un herrón bien amolado
Mostró al Pastor sus pensamientos altos:
Y luego, con un gran templón que trujo,
Pasó Gaspar el flaco de Araújo.

De Canarias, Palacios y Medina
Pasan armados de machete y dardo,
Juan Gómez, natural, con punta fina,
Y Rodrigo Martín, indio gallardo;
Cuatro etiopes de color de endrina;
Y por la retaguardia, aunque no tardo,
Va Melchor Pérez con aguda punta.
Que con su amago hiere y descoyunta.

De esta manera el capitán valiente
De sus pocos soldados hizo alarde;
Y aunque falto de armas y de gente
Por verse en la ocasión suspira y arde;
Porque según se dice comúnmente
Si se pierde una vez se cobra tarde;
Y es muy de acuerdo y de la edad madura
No perder ocasión ni coyuntura.

Luego en un punto el escuadrón cristiano
Pide la bendición al Pastor santo:
El se la echa y bésanle la mano
No sin tristeza, lágrimas y llanto.
Miden de Yara el espacioso llano
Hasta llegar donde desean tanto,
Y dieron vista a la famosa orilla
Del puerto principal de Manzanilla.

Así como la playa divisaron
Donde fue de Gilberto la ruina,
Un negrito criollo despacharon
Con tocinos y carne a la marina:
Y luego con secreto se emboscaron
En la arboleda allí circunvecina,
Donde el buen Ramos, puesto en cabecera,
A hablarles comenzó de esta manera:

"Amigos que con armas y aparato
En aquesta ocasión venís conmigo,
A vengar el agravio y desacato
Que a nuestro Obispo hizo el enemigo;
Pues es notorio a todos su mal trato
Digno de pena y ejemplar castigo,
Buen tiempo y ocasión es la de ahora;
Que un buen morir cualquier afrenta dora.

"Estos herejes son los que al prelado
Trataron de la suerte que habéis visto,
Sin mirar que era Obispo consagrado
Y vicario del mismo Jesucristo.
El quiere paguen hoy su gran pecado
Con ejemplar castigo nunca visto.
¡Animo! ¡A la batalla, que ya es hora!
Que un buen morir cualquier afrenta dora.

"Y pues Dios quiere que por nuestra mano
Se castigue tan grande atrevimiento,
Démosle gracias, escuadrón cristiano,
Que nos toma el Señor por instrumento.
Conozca hoy el buen Altamirano
De nuestros corazones el intento
Con el herrón y punta vengadora:
Que un buen morir cualquier afrenta dora.

"El ímpetu francés que habéis oído
No es más de la primera arremetida;
Y en oyendo de España el apellido
Con tan sólo la voz va de vencida.
Esta causa es de Dios: si El es servido
Que le sacrifiquemos nuestra vida
¿Qué mejor ocasión que la de ahora?
Que un buen morir cualquier afrenta dora."

En este tiempo ya el negrilla había
Dicho a los marineros en el puerto,
Que no les podía dar lo que traía
Si no saltaba en tierra Don Gilberto:
Que así se lo mandó su Señoría.
Sin haber tal les afirmó por cierto:
Y que Puebla con él también saltara,
Para que los tocinos le entregara.

Mas como el corazón, prenda preciada,
Todas las veces o las más acierta,
Causó en los marineros la embajada
Una sospecha verdadera y cierta:
Y temiendo algún trato y emboscada
Volvieron a la nao, el alma muerta,
Que la imaginación, aun en discretos,
Suele a veces causar varios efetos.

Dijéronle a Gilberto todo el caso;
Pero como soberbio arrogante,
Hizo de todo ello poco caso
Mostrando gran valor en el semblante:
Y con las fuerzas de su diestro brazo
Tira un batel y baja en un instante,
Con veinte y seis infantes bien armados
De los más atrevidos y estimados.

Saltan en tierra con gallardo brío,
Pisan soberbios la menuda arena,
Disparan balas por el aire frío,
Cual si en su patria fuesen, no en la ajena.
Puebla, que ve su mucho desvarío,
Que en tierra está con ellos no sin pena,
Lo que ha de suceder imaginando,
Por donde tiene de huir está mirando.

Mientras el enemigo en las orillas
De aquella playa se gallardeaba,
Nuestro escuadrón hincado de rodillas
Con grande devoción orando estaba,
Hasta que ya de las etéreas sillas
El victorioso fin que se esperaba
Salió en conformidad de su esperanza.
¡Oh, cuánto la oración puede y alcanza!

En esto, cual leones tras de gamos,
Salen los nuestros ya de la montaña;
Y en delantera el buen Gregorio Ramos,
Diciendo "¡Santiago, cierra España!"
Y van cubiertos de los verdes ramos
Con que la Dafne triste se acompaña
Después que de corteza fue cubierta,
Cual si tuviesen la victoria cierta.

No hubo Gilberto visto nuestra gente,
Cuando cortado de un temor helado
Quedó, cual suele un caso de repente
Dejar a un hombre atónito y turbado:
Pero volviendo en sí como valiente,
El semblante encendido y colorado,
Con la espada en la mano obraba cosas
Tan llenas de valor como espantosas.

Acométense entrambos escuadrones
Con tanta furia, ímpetu y braveza
Cual suelen los fortísimos leones
Cuando se embisten por llevar la presa.
Tienen nuestros isleños sus herrones;
Muestra el francés su mucha fortaleza,
Con tanto estruendo, grita y vocería
Que pareció que el mundo se hundía.

Andaba Miguel López de Herrera
Con más furor que el iracundo Marte,
Matando y deshaciendo de manera
Que sólo a él se rindió la mayor parte.
Miguel Baptista andaba de carrera
Mostrando (su) valor, esfuerzo y arte
Con Gonzalo de Lagos el valiente,
Honor y gloria de su ilustre gente.

Jácome Milanés menudas piezas
De franceses va haciendo con su espada,
Rompiendo brazos, piernas y cabezas
Con que tiene la playa ensangrentada.
No mostró menos brío y fortaleza
Medina con su punta acicalada:
Y el buen Merchán, con su herrón fornido,
Vuelve a teñir de nuevo su vestido.

Mostró su gran valor Martín García
Con su escogido chuzo y barba cana.
Lo mismo hizo allí Gaspar Mejía;
Y el buen Diego y Francisco Lorenzana.
Dio Melchor Pérez de su gran valía
A todo el mundo muestra soberana;
Y hundiendo con sus golpes mar y tierra
Se señalaron Reyes y Juan Guerra.

Bartolomé Rodríguez como rayo,
Mata, hiere, destroza y atropella;
Y el Hernando y Antonio de Tamayo
Muestran su gran valor y buena estrella:
Y como del acero al duro ensayo
Aborta el pedernal una centella,
Salió el bravo Palacios como un trueno,
De sangre de franceses todo lleno.

Dos Gaspares, Rodríguez y Araújo,
Y otro del mismo nombre Lorenzana,
A su obediencia cada cual condujo
Gran parte de la gente luterana.
Juan Gómez con los indios que allí trujo,
Su valor demostraba esa mañana;
Y los cuatro etiopes esforzados
Hicieron el deber como soldados.

Miguel del Provisor no está parado;
Que con su punta valerosamente
Tiene todo aquel suelo ensangrentado
De sangre aleve de francesa gente.
¡Oh, Luis de Salas, Provisor honrado,
Benévolo, cortés, sabio y prudente!
Que hasta tus esclavos en la tierra
Sirven a Dios y al Rey en paz y en guerra.

Viendo ya de la nao la batería
Y de su gente el daño manifiesto,
Dieron en disparar la artillería:
Mas fue sin fundamento todo esto:
Porque nuestro escuadrón con bizarría
Apretando los puños, echó el resto,
Dando de su valor pruebas tan altas
Que quererlas pintar será con faltas.

Los franceses no menos animosos,
Conservan el valor y valentía
De aquellos doce Pares tan famosos
Que tanto eternizaron su valía:
Rompen, golpean, hieren muy furiosos,
Con tan grande valor y tal porfía,
Que estuvo la victoria conocida
En mucha duda y casi ya perdida.

También el valeroso Don Gilberto
Muestra su gran valor y fortaleza,
Y como capitán sabio y experto
Acude a donde ve mayor flaqueza;
Y viendo su escuadrón ya sin concierto
Y que va desmayando a toda priesa,
Así por animarlos los regala,
Que la necesidad todo lo iguala:

"Caros amigos, dulces compañeros,
De lo mejor de Francia procedidos,
Acordaos que Reinaldo y Oliveros
Primero fueron muertos que vencidos.
Mostrad como valientes caballeros
El gran valor que os hace conocidos,
Haciendo en esta gente cruel matanza,
Que con la vida al fin todo se alcanza.

"Estos que veis cargados de herrones,
Con el vestido todo ensangrentado,
No es de matar tigres y leones,
Que no los hay aquí ni lo han usado:
Ni son de aquellos fuertes campeones
Que ocupan de Belona el diestro lado.
Mueran a fuego y sangre sin tardanza;
Que con la vida al fin todo se alcanza.

"Acordaos de la patria deseada
Y de vuestros amigos y parientes,
Y de la dulce vida regalada
Que en ella pasan hoy todas las gentes.
Si a vida tan süave y regalada
Queréis volver, obrad como valientes,
Sin que perdáis un punto la esperanza;
Que con la vida al fin todo se alcanza.

"Si salís con victoria de este hecho,
Haréis eterno vuestro nombre y fama;
Y demás de la honra y el provecho
Con que os convida la ocasión y os llama,
De vuestro ilustre y generoso pecho
Se verá el resplandor y clara llama
Usando del valor contra la lanza:
Que con la vida al fin todo se alcanza."

De esta manera triste y afligido,
Animaba Gilberto a sus soldados;
Que quien en un trabajo está metido
Tienta para salir todos los vados;
Y con igual furor nunca vencido,
De que son los franceses alabados,
Hicieron mil hazañas de memoria
Dignas, de eterno nombre, fama y gloria.

Andaba entre los nuestros diligente
Un etíope digno de alabanza,
Llamado Salvador, negro valiente,
De los que tiene Yara en su labranza;
Hijo de Golomón, viejo prudente:
El cual armado de machete y lanza,
Cuando vido a Gilberto andar brioso,
Arremete contra él cual león furioso.

Don Gilberto, que vido al etíope,
Se puso luego a punto de batalla:
Y se encontraron, mas quedó del golpe
Desnudo el negro y el francés con malla.
Oh, tú divina musa Calíope,
Permite, y tú, bella ninfa Aglaya,
Que pueda dibujar la pluma mía
De este negro el valor y valentía.

Andaba Don Gilberto ya cansado,
Y ofendido de un negro con vergüenza:
Que las más veces vemos que un pecado
Al hombre trae a lo que nunca piensa:
Y viéndole el buen negro desmayado,
Sin que perdiese punto en su defensa,
Hízose afuera y le apuntó derecho
Metiéndole la lanza por el pecho.

Mas no la hubo sacado cuando al punto
El alma se salió por esta herida,
Dejando el cuerpo pálido y difunto,
Pagando las maldades que hizo en vida.
Luego uno de los nuestros que allí junto
Estaba con la mano prevenida,
Le corta la cabeza, y con tal gloria
A voces aclamaron la victoria.

¡Oh, Salvador criollo, negro honrado!
Vuele tu fama y nunca se consuma:
Que en alabanza de tan buen soldado
Es bien que no se cansen lengua y pluma.
Y no porque te doy este dictado,
Ningún mordaz entienda ni presuma
Que es afición que tengo en lo que escribo
A un negro esclavo y sin razón cautivo.

Y tú, claro Bayamo peregrino,
Ostenta ese blasón que te engrandece;
Y a este etíope de memoria dino,
Dale la libertad pues la merece.
De las arenas de tu río divino
El pálido metal que te enriquece
Saca, y honra antes que el vulgo hable,
A Salvador el negro memorable.

Huye el francés aprisa a la marina
Y dentro el mar se arroja y abandona:
Pero aún ahí los halla más aína
La muerte, que a ninguno lo perdona.
Van en su alcance Reyes y Medina,
Y los demás, sin exceptuar persona,
Y en el agua les dan la muerte a nado,
Que se puede decir "maté ahogado".

Parten en un batel por el mar largo
Cuatro franceses con ligera priesa,
Que de la muerte fiera el trago amargo
Al más valiente quita la braveza;
Pero Miguel Baptista como un pargo
A nado se arrojó tras de la presa,
Y detuvo el batel en la bahía
Con muy grande valor y valentía.

Salen en su socorro a vuelo y nado
Merchán y Melchor Pérez el brioso,
Y manso el negro pero buen soldado,
Con su hermano que es valiente mozo:
Llegan a donde estaba aquel pescado,
Y cada cual soberbio y animoso,
Tirando muchos tajos y reveses,
Rindieron el batel con los franceses.

En esto un español que por su suerte
Viene por tango-manga del navío,
Se echa a nado huyendo de la muerte,
Que el miedo sólo para huir da brío.
Mas Pedro de Vergara, varón fuerte,
Que vio del español el desvarío,
Tras él se arroja al agua y alcanzólo,
Y a cuchilladas lo rindió y matólo.

Escapáronse cuatro renegados
Que mal heridos por el mar huyeron;
Los cuales a su nao ya llegados,
Las tristes nuevas de su suerte dieron.
Aquí murieron todos los soldados
Que en la prisión del buen Obispo fueron;
Que así castiga Dios los atrevidos
Que ponen mano o lengua en sus ungidos.

Un indio de los nuestros solamente
Murió de una herida penetrante,
Sin que hubiese más daño en nuestra gente
En victoria tan grande e importante.
Luego nuestro escuadrón viendo presente
A su buen Ramos, con amor constante,
En hombros de dos indios le levantan,
Y a grandes voces la victoria cantan.

De esta manera parten sin concierto
A Yara, donde tienen su esperanza,
Llevando la cabeza de Gilberto
Enclavada en la punta de una lanza.
Llegan al deseado y dulce puerto
Donde está del Obispo la bonanza;
El cual, con el amor que a todos gana,
Los sale a recibir a la sabana.

"Bendito sea el que viene", iba diciendo,
Y ellos "Te Deum laudamus", le responden;
Y así todos hablando y repitiendo,
De su entrañable amor nada le esconden,
Híncase de rodillas, y pidiendo
Las manos consagradas, corresponden
Como hijos de bien a la obediencia,
Y él como padre muestra su clemencia.

Levantólos del suelo prestamente,
Y con la suavidad de su buen pecho
A todos los abraza reverente
Y da las gracias del heroico hecho;
No pudieron sufrir este accidente
El amor y placer, porque era estrecho;
Haciendo que llorasen a porfías
Los ojos del Pastor lágrimas frías.

Holgóse el buen Pastor con la victoria
Por ser en honra de la fe cristiana:
Pero también sintió pena notoria
Del fin amargo de esta gente vana.
Y con deseo grande de su gloria,
Por ellos rogó a Dios de buena gana;
Imitando a Jesús que en la Cruz puesto,
Rogó por los que allí le tenían puesto.

Luego nuestra vistosa infantería,
Coronada de flores y de ramos,
Marcha para el Bayamo en compañía
De aquel noble caudillo que alabamos.
Con ellos va también Su Señoría,
Que como con su vista nos honramos
Recibió gran placer toda la gente
De que fuese con ellos juntamente.

¡Quién pudiera deciros cuán contentos
Iba el Obispo y todos los soldados;
Las gracias que se dan y ofrecimientos
De personas de honra y de dictados!
Hacen de la batalla largos cuentos,
De hechos y sucesos no pensados;
Que el alegría tras de suerte amarga
Suele ser habladora y manilarga.

De esta manera van por el camino
Contando cuentos, haciendo grandes fiestas;
Que donde ven al Juez recto y benino,
Estas son las demandas y respuestas.
Llegan al venturoso río divino
Donde el Bayamo tiene sus florestas;
Y allí con el placer de haber llegado,
Gustan contentos su licor sagrado.

Sale de sus cavernas de ovas lleno,
El venerable aspecto entre pescados,
El ansioso Bayamo, y el ameno
Margen admira lleno de soldados.
Mira del sucesor del Nazareno
El rostro grave y ojos recatados;
Y alegre de lo ver en su ribera,
A hablarle comenzó de esta manera.

"Pastor ilustre, de este suelo amparo,
A quien el cielo estima, precia, honora,
Cuyo cristiano pecho y valor raro
Al mismo Dios agrada y enamora .
Bienvenido seáis al nido caro,
Cual vino al Arca el ave triunfadora;
Pues en vos resplandecen con llaneza
Sinceridad, quietud, amor, nobleza.

"Hasta en mis venas y cavernas frías
De vuestra gracia se sintió la ausencia;
Secáronse las fuentes más sombrías;
Los ojos dieron al llorar licencia,
Volviéndose en dolor las alegrías.
Mas ya, noble Pastor, vuestra presencia
Nos muestra, desterrando la tristeza,
Sinceridad, quietud, amor, nobleza.

"Ahora brotarán todas las flores
Con que se matizaban mis orillas;
Cantarán sin dolor los ruiseñores,
Jilgueros, pentasilbos y abobillas;
Abundarán los frutos en mejores,
Alegraránse todas estas villas,
Y en vos verán con santidad y alteza
Sinceridad, quietud, amor, nobleza.

"Como suele después de la tormenta
Venir con alegría la bonanza,
Y la gente de triste y descontenta
Volver su desconsuelo en confianza,
Así fue para todos vuestra afrenta,
Que se volvió en contento y esperanza
Viendoos en libertad, y en vos expresa
Sinceridad, quietud, amor, nobleza."

No dijo más; y al punto con ruido
Se sumergió en las aguas cristalinas,
Dejando al buen Obispo suspendido
De su extrañeza y partes peregrinas.
Nuestro fuerte escuadrón que notó y vido
Del anciano Bayamo las divinas
Razones, rostro y talle de contento,
Entra, cruzando el líquido elemento.

Hacen guirnaldas de sus varias flores
Blancas, azules, rojas y moradas;
Y como valerosos vencedores,
Ciñen sus sienes con razón honradas.
En esto ya el Cabildo y Regidores,
Con las demás personas señaladas,
Los frailes todos y la clerecía,
Los salió a recibir con alegría.

Encuéntanse con ellos en Managua,
Ameno sitio, rico de labranzas,
Donde al corto camino ponen tregua
Mientras duran abrazos y alabanzas.
Luego caminan la pequeña legua
Con músicos a coros y mudanzas,
Hasta que todos vieron del Bayamo
El ameno lugar que tanto amo.

Iba delante el capitán experto
Representando un Marte fiero, airado;
Llevando la cabeza de Gilberto
Un paje en un puñal ensangrentado;
Y luego en sus hileras en concierto
El valeroso ejércitopreciado;
Y por la retaguardia las coronas
Del sacro Obispo y las demás personas.

Con esta majestad y este aparato
Entró Gregorio Ramos en la villa,
Dando al lugar un súbito rebato
De contento, placer y maravilla:
Y por ser al Señor en todo grato,
Fue al templo de la Virgen sin mancilla,
Y dio las gracias a la Madre e Hijo
De la nueva victoria y regocijo.

Estaba apercebido ya en la iglesia
Blas López sacristán de aquella villa,
A quien todo el Bayamo estima y precia
Como a Guerrero la sin par Sevilla;
Y con la dulce voz de que se precia,
Con los cantores de su gran capilla
A este motete dio principio y gracia
Cual el famoso músico de Tracia.

MOTETE

La paciencia y la humildad
Hoy muestran su majestad
Y a Ramos le dan la gloria
De tan famosa victoria.

La divina omnipotencia
Para regalar al justo,
Le suele dar un disgusto
Para probar su paciencia.
Del prelado la inocencia
El cielo nos demostró;
Y don Gilberto pagó
Su tiranía y violencia.

¡Ay, Dios, y qué gran bondad!
La paciencia y la humildad, &

Lleváronlo maniatado
Los heréticos sayones,
Dándole mil empellones,
Y con un cordel ligado.
De allí salió más honrado,
Que el humilde es bien que suba.
¡Dichosa la Isla de Cuba,
Que goza de tal prelado!
Publíquese su bondad.
La paciencia y la humildad, &

Ramos, Capitán famoso,
Al buen Obispo vengó,
Y a los franceses mató
Como fuerte y animoso.
Un hecho tan milagroso
Publique siempre la fama;
Y a la luz de clara llama
Nuestro siglo venturoso
Publicando su bondad,
La paciencia y la humildad
Hoy muestran su majestad;
Y a Ramos le dan la gloria
De tan famosa victoria.

Y andando por las calles un paseo
Llegaron a la plaza dedicada,
Donde en un alto palo el rostro feo
Pusieron de aquella alma desdichada.
Aquesto hecho se acabó el trofeo
De victoria tan alta y señalada:
Y yo también doy fin a aquesta historia,
Digna de eterno nombre, fama y gloria.

Cronología

- 1538. Nace en Las Palmas Bartolomé Cairasco de Figueroa.
- 1561. Nace Luis de Góngora.
- 1563. Nace en Las Palmas Silvestre de Balboa Troya y Quesada.
- 1569. Se publica la primera parte de *La Araucana*, de Ercilla.
- 1571. Nace Pedro de Oña.
- 1578. Se publica la segunda parte de *La Araucana*.
- 1578. Nace Antonio de Viana en La Laguna.
- 1580. Cairasco inaugura su tertulia en el jardín de su casa de la calle de San Francisco, en Las Palmas. Las reuniones se celebran hasta 1600.
- 1586. Luis Barahona de Soto publica *Las lágrimas de Angélica*.
- 1595. Ataque de Drake y Hawkins a Las Palmas.
- 1596. Antonio de Viana reside durante algunos meses en Las Palmas.
- 1596. Pedro de Oña publica *Arauco Domado*.

1599. Van der Does invade Las Palmas, incendiando la ciudad. Cairasco actúa de intermediario ante el pirata para que éste se retirara de la ciudad.
1602. Edición de la primera parte de *Templo Militante*.
1604. El Obispo de Cuba Fray Juan de las Cabezas Altamirano es raptado en Yara (Cuba) por el capitán francés Gilberto Girón.
1604. Se publica el *Poema* de Antonio de Viana.
1608. Balboa concluye *Espejo de Paciencia*.
1610. Muere Cairasco.
1760. El Obispo de Cuba, Pedro Agustín Morell de Santa Cruz escribe una *Historia de la isla y catedral de Cuba*, en la que incluye, íntegro, el texto de *Espejo de Paciencia*, poema que presumiblemente se conservaría en el archivo episcopal, ya que Balboa debió enviar copia del mismo al Obispo Altamirano.
1836. José Antonio Echeverría encuentra una copia de la *Historia...* de Morell en la Sociedad Económica de La Habana.
1837. Ramón de Palma da noticia de *Espejo de Paciencia* en el "Aguinaldo Habanero".
1838. Echeverría publica diversos fragmentos del *Espejo...* en "El Plantel".
1927. Aparece la primera edición completa de *Espejo de Paciencia* incluido en la *Bibliografía cubana de los siglos XVII y XVIII*, de Carlos M. Trelles.
1932. Agustín Millares Carló, en *Bibliografía de escritores canarios de los siglos XVI, XVII y XVIII*, publica la partida de bautismo de Silvestre de Balboa, así como el *Informe* practicado por la Inquisición a propósito de la limpieza de sangre de un hijo de aquél.

1942. Edición crítica del *Espejo*, realizada por Felipe Pichardo Moya.
1981. Primera edición canaria de *Espejo de Paciencia* (Edirca, Las Palmas de Gran Canaria). Estudio preliminar de Lázaro Santana.

Silvestre de Balboa nació en Las Palmas de Gran Canaria el 30 de junio de 1563. En fecha indeterminada (entre 1593 y 1603) emigró a Cuba. Escribano del Cabildo de Puerto Príncipe, murió en aquella ciudad, también en fecha incierta, alrededor de 1649.

De Balboa se conoce un solo libro, *Espejo de paciencia*, escrito en 1608 e inédito hasta 1927.

El libro, que narra el rapto, cautiverio y rescate de un obispo de la isla de Cuba, refleja ciertas peculiaridades de la naturaleza insular; es precisamente ese "color local", esa distinta forma de ver el paisaje —que Balboa aprendió de Cairasco y de Vianá, sus contemporáneos— lo que hace que *Espejo de paciencia* se distinga de la épica de su tiempo y constituya la pieza inicial en la historia de la poesía cubana.

Lázaro Santana. Las Palmas de Gran Canaria, 1940. Ha ejercido una intensa actividad como poeta y crítico de arte y literatura. Ha publicado, entre otros libros, *Efemérides* (1973), *Destino* (1982), *Que gira entre las islas* (1985), *Perfil del oficinista* (1988), *Visión insular* (1988) y monografías sobre Plácido Fleitas (1973), Antonio Padrón (1974), Juan Guillermo (1977), Felo Monzón (1986), Cristino de Vera (1986), etc.



Biblioteca Básica Canaria

1. *Historia de la Literatura Canaria*: María Rosa Alonso Rodríguez.
2. *Romancero Tradicional Canario*: Maximiano Trapero.
3. *Lírica Tradicional Canaria*: Maximiano Trapero.
4. B. CAIRASCO DE FIGUEROA: *Antología*.
5. Antonio DE VIANA: *Antigüedades de las Islas Canarias*.
6. Silvestre DE BALBOA: *Espejo de paciencia*.
7. Fr. Andrés DE ABREU: *La vida de San Francisco*.
8. Cristóbal DEL HOYO, Vizconde de Buen Paso: *Carta de Madrid*.
9. José DE VIERA Y CLAVIJO: *Historia de Canarias*.
10. José CLAVIJO Y FAJARDO: *El pensador*.
11. Tomás DE IRIARTE: *Fábulas*.
12. Nicolás ESTEVANEZ: *Mis memorias*.
13. Benito PEREZ GALDOS: *La fontana de oro*.
14. Agustín MILLARES CUBAS: *Antología de cuentos*.
15. Benito PEREZ ARMAS: *Antología de cuentos y De padres a hijos*.
16. Angel GUERRA: *La lapa y otros cuentos*.
17. *Ensayistas canarios*: Alfonso Armas Ayala.
18. Miguel SARMIENTO: *Antología*.
19. Domingo RIVERO: *Obra Completa*.

20. *Antología de la Poesía de finales del siglo XIX*: María Rosa Alonso Rodríguez.
21. Manuel VERDUGO: *Obra poética*.
22. Tomás MORALES: *Las Rosas de Hércules*.
23. Alonso QUESADA: *Insulario (Verso y Prosa)*.
24. Saulo TORON: *El caracol encantado y otros poemas*.
25. Francisco IZQUIERDO: *Medallas*.
26. Claudio DE LA TORRE: *En la vida del señor Alegre*.
27. Emeterio GUTIERREZ ALBELO: *Enigma del invitado, Romanticismo y cuenta nueva*.
28. Fernando GONZALEZ: *Obra poética*.
29. Agustín ESPINOSA: *Lancelot, Media hora jugando a los dados y Crimen*.
30. Josefina DE LA TORRE: *Antología*.
31. Domingo LOPEZ TORRES: *Obra Completa*.
32. Pedro GARCIA CABRERA: *Entre cuatro paredes, Transparencias fugadas y Dársena con despertadores*.
33. Pedro PERDOMO ACEDO: *Antología*.
34. Pedro LEZCANO: *Paloma o Herramienta*.
35. Agustín MILLARES SALL: *Obra poética*.
36. Félix CASANOVA DE AYALA: *Poesía*.
37. Manuel PADORNO: *Obra poética*.
38. Arturo MACCANTI: *Obra poética*.
39. Luis FERIA: *No menor que el vacío*.
40. Justo JORGE PADRON: *Antología poética 1971-1988*.
41. Lázaro SANTANA: *Obra poética*.
42. Eugenio PADORNO: *Obra poética*.
43. Juan JIMENEZ: *Obra poética*.
44. Isaac DE VEGA: *Fetasa*.

45. Rafael AROZARENA: *Mararía*.
46. Alfonso GARCIA RAMOS: *Guad*.
47. Juan Manuel GARCIA RAMOS: *Malaquita*.
48. Juan Jesús ARMAS MARCELO: *El árbol del bien y del mal*.
49. Luis LEON BARRETO: *Las espiritistas de Telde*.
50. J. CRUZ RUIZ: *Crónica de la nada hecha pedazos*.
51. Luis ALEMANY: *Los puercos de Circe*.
52. Nivaria TEJERA: *El barranco*.
53. Víctor RAMIREZ: *Cada cual arrastra su sombra*.

Se acabó de imprimir
el día 20 de junio de 1988,
en los talleres de
MARIAR, S. A.,
de Madrid.

“Todo futuro es fabuloso” ha proclamado hace poco un descendiente del negro Salvador, héroe de Manzanillo, el decapitador de Gilberto Girón. Eso ya lo previó el canario Balboa cuando hizo bailar a sátiros y faunos al golpe caliente y picante de las marugas.

Alejo Carpentier: *Concierto Barroco*.



Biblioteca Básica Canaria



VICECONSEJERIA DE CULTURA Y DEPORTES
GOBIERNO DE CANARIAS

socadem